

La forma esencial (esencia metafísica) del Dios trinitario

1. Con gran probabilidad podemos afirmar que en su Revelación Dios nos ha manifestado que existe para nuestro conocimiento una determinación esencial divina, y podemos conocer cuál es esa determinación.

a) En primer lugar tenemos los testimonios de la Revelación de Dios en el Antiguo Testamento. Cuando Dios eligió a Moisés para que sacase a su pueblo de Egipto, Moisés le preguntó por su nombre, para poder justificar con él su misión ante sus compatriotas. El pueblo de Dios había conocido muchos dioses en Egipto. Es, pues, natural que al oír hablar a Moisés de una misión divina, le pudiese preguntar si se le había aparecido uno de los dioses adorados en Egipto y qué Dios era ése. Moisés debía conocer, por lo tanto, el nombre de Dios. A la pregunta de Moisés respondió Dios que no era uno de los dioses adorados en Egipto, sino el Dios conocido desde tiempos antiguos por el pueblo, el que se había aparecido a los antepasados. «Y Dios dijo a Moisés: Yo soy Ehja, el que soy. Así responderás a los hijos de Israel. El Ehja, Yo soy, me manda a vosotros. Además Dios le dijo a Moisés: Yahvé (el «Él es»), el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, me ha mandado a vosotros. Este es para siempre mi nombre; éste mi memorial, de generación en generación» (*Ex.* 3, 14 y sigs.). En esta respuesta se expresa que Dios es el Ser que tiene existencia. En eso se distingue de todos los otros dioses. Pues éstos son nada, la pura nada. Dios manifiesta, además, que el pueblo conoce su potencia existencial y su realidad mediante

la Historia. Porque el Dios que habla a Moisés es el mismo que concertó con Abraham una Alianza, y que Él había permanecido siempre fiel a ella. Es el Dios que estaba con los antepasados. Como en los tiempos antiguos de los antepasados, sigue siendo el Dios fiel de la Alianza. Más aún: al llamar a Moisés demuestra de nuevo su fidelidad inquebrantable por medio de una nueva acción de su Providencia. El nombre, es cierto, alude en primer lugar a la inmutable fidelidad de Dios con respecto a la Alianza; pero manifiesta también un estado de cosas ontológico, con referencia a la esencia de Dios. Dios sigue siendo el Dios siempre e igualmente fiel, porque es en sí mismo inmutable. Él es Él mismo. Él permanece fiel a sí mismo. Él es siempre el mismo Yo.

Si un hombre hubiera dado la respuesta que dió Dios, tendría que ser considerada ésta como una negativa. Una respuesta humana de tal naturaleza significaría lo siguiente: yo soy yo mismo, y esto querría decir que el que habla no quiere manifestarse ni comunicarse al que interroga.

La mismidad del hombre significa, por una parte, que el hombre se posee a sí mismo, que es dueño de su ser, que sus acciones se derivan de él y que es responsable de estas acciones; significa además, por otra parte, que el hombre es sólo él mismo, que se distingue de todos los demás, que se basta a sí mismo, que tiene que soportarse a sí mismo. El hombre es él mismo, siendo este ser determinado, dotado de centro esencial propio y de un destino peculiar, distinto de todos los demás, con fronteras que le separan de todos los otros: limitado en sí mismo (limitación ontológica, pobreza ontológica).

Al mismo tiempo, la mismidad del hombre se halla siempre en un estado de evolución. El hombre depende del mundo ambiente de diferentes modos. Cuanto más se identifica con estas relaciones, tanto menos puede ser él mismo. Nosotros somos nuestra mismidad con tanta mayor intensidad cuanto más nos retiramos hacia nuestro interior, cuanto más nos afirmamos a nosotros mismos con el fin de llegar a poseernos. La mismidad plena es, por lo tanto, plena inferioridad. Es cierto que el hombre no puede existir faltándole el conjunto de múltiples relaciones. En la criatura, la autoposesión, el ensimismamiento, van unidos inseparablemente con la orientación hacia los otros, sobre todo con la orientación hacia Dios. La mismidad del hombre es, por consiguiente, una realización continua de lo que todavía no existía. En el hombre no todas las posibilidades pasan a ser inmediatamente realidad.

Muchas disposiciones ontológicas no llegan nunca a ser realidad; otras, llegan a serlo en el transcurso del tiempo. Además, la existencia humana está siempre amenazada por la nada, por la catástrofe. Tiene que ser afirmada contra estos peligros y sólo puede ser afirmada durante algún tiempo, por lo menos bajo su forma actual de existencia histórica (impotencia y debilidad ontológicas). No es, pues, tan fuerte que pueda sacar la existencia de sí misma. Si las palabras que Dios dirigió a Moisés han de tener un sentido y han de ser una respuesta verdadera, entonces no significan solamente que Dios se posee a sí mismo. Al contrario, han de ser entendidas en el sentido de que Dios es Él mismo de otro modo que las criaturas; es decir, en el sentido de que su divinidad consiste precisamente en ser Él mismo. (Consúltese lo dicho en el § 38, 4.)

Otros textos de la Sagrada Escritura aluden también a esta definición fundamental de Dios expuesta en *Ex.* 3, 14 y sigs.

En Isaías (41, 1-7) habla Dios de la siguiente manera con respecto a la vocación de Ciro: «Oídmme, islas, en silencio; renovad, ¡oh pueblos!, vuestras fuerzas; acercaos y hablad, entremos en juicio. ¿Quién le ha suscitado del lado de levante, y en su justicia le llamó para que le siguiera? ¿Quién puso en sus manos los pueblos y le entregó los reyes? Su espada los reduce a polvo, y su arco los dispersa como brizna de paja. Los persigue y va tranquilamente por caminos que no había pisado nunca. ¿Quién hace esto, quién lo cumple? El que desde el principio hizo existir a las generaciones desde el principio. Yo, Yavé, que era al principio, y soy el mismo siempre, y seré en los últimos tiempos. Las islas le ven, y tiemblan, y se espantan los confines de la tierra. Se reúnen y juntos vienen al juicio.» En otro lugar (43, 10-14) anuncia Dios su poder de la siguiente forma: «Vosotros sois mis pruebas, dice Yavé, mi siervo a quien yo elegí para que aprendáis y me creáis y comprendáis que soy Yo sólo. Antes de Mí no había dios alguno, y ninguno habrá después de Mí. Yo soy Yo, que soy Yavé, y fuera de Mí no hay salvación. Soy Yo el que anuncio, el que salvo, el que hablo, y no hay otro entre vosotros; dice Yavé: Vosotros sois mis testigos. Yo soy Dios desde la eternidad y lo soy por siempre jamás. Nadie puede librar a nadie de mis manos; lo que hago Yo, ¿quién lo estorbará?» En Isaías 44, 6-11: «Así habla Yavé, el Rey de Israel, su Redentor, Yavé Sebaot: Yo soy el primero y el último, y no hay otro Dios fuera de Mí. ¿Quién desde el principio anunció lo por venir? Que nos prediga lo que ha de suceder. No os atemoriceis, no temáis nada. ¿No lo anuncié Yo

antes, y lo predije tomándoos por testigos? ¿Hay algún dios fuera de Mí? No hay algún otro fuera de Mí. No lo conozco. Todos los hacedores de ídolos son nada, y sus vanas hechuras no sirven de nada. Y son testigos ellos mismos, no ven nada, no saben nada, para vergüenza suya. ¿Quién hace un dios, quién funde un ídolo, para no servir de nada? Mirad, todos sus devotos serán confundidos; los que los hacen son hombres. Que se junten, que vengan todos; todos temblarán cubiertos de vergüenza.» A pesar de todas las infidelidades del pueblo elegido, Dios permanece fiel a su voluntad de redención y a sus promesas. Impulsado por su fidelidad, dice al pueblo rebelde lo siguiente: «Oyeme, Jacob, y tú, Israel, que Yo te llamo; Yo soy, Yo, el primero, y aun también el postrero. Mi mano cimentó la tierra, mi diestra desplegó los cielos, y los llamé y luego aparecieron. Reuníos todos y oíd, ¿quién de entre ellos anunció estas cosas? Aquel a quien Yavé ama cumplirá su voluntad contra Babilonia y contra la raza de los caldeos. Yo, Yo le he hablado, Yo le he llamado, Yo le guío y hago prósperos sus caminos. Acercaos a Mí y oíd esto: Desde el principio no os he hablado en las sombras; cuando las cosas se hacían, allí estaba Yo. Y ahora Yo, el Señor, Yavé, soy quien le envía con su espíritu. Así habla Yavé, tu Redentor, el Santo de Israel: Yo soy Yavé, tu Dios, que para tu bien te enseña y te pone en el camino que has de seguir. ¡Ah!, si atendieras a mis leyes, tu paz sería como un río, y tu justicia como las olas del mar. Tu descendencia sería como los granos de arena; los frutos de tus entrañas, como el polvo. Y nada borraría, nada roería tu nombre delante de Mí. Salid de Babilonia, huid de entre los caldeos con cantos de alegría; anunciad, pregonad la buena nueva, que llegue hasta los confines de la tierra. Decid: Rescata Yavé a su siervo Jacob. No tendrá sed en el desierto por el cual los guía; hará que broten para ellos aguas de la roca, abrirá la peña y brotarán las aguas. Pero no hay paz para los salvados, dice Yavé» (Is. 48, 12-22).

Estos textos no definen expresamente en qué consiste la esencia metafísica de Dios, sino que dan testimonio de la actividad con que el Señor crea Historia. Pero en el transfondo de la actividad histórica divina aparece la esencia metafísica de Dios, manifestada en su obrar.

b) De lo mismo da testimonio el Nuevo Testamento. El vidente Juan escribe a las siete comunidades del Asia Menor: «Gracia a vosotros y paz de parte del que es, y que era, y que viene, y

de parte de los siete Espíritus que están en la presencia de mi trono... He aquí que viene entre las nubes, y lo verá todo ojo, y los mismos que le traspasaron, y plañirán sobre Él todas las tribus de la tierra. Sí. Amén. Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, el que es, el que era, y el que viene, el Omnipotente» (*Apocalipsis*, 1, 4-8). Al fin del Apocalipsis dice Dios a Juan: «He aquí que vengo presto, y conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obras. Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin» (*Apoc.* 22, 12 y sigs.).

Tampoco estos textos describen directamente la esencia subsistente de Dios, sino la actividad divina en el seno de la Historia. Él establece el principio y el fin de la Historia. Él es el Señor todopoderoso de la Historia, el que le comunica sentido. Pero en la actividad histórica de Dios podemos percibir su misma vida divina.

Por consiguiente, de Dios no se puede decir nada más rico en contenido que el enunciado: Dios es. Su esencia consiste en ser. El «ser» debe entenderse aquí en el sentido de existencia, realidad, realidad activa. Dios es el *esse absolutum*, el *actus purus*. Dios es la existencia absoluta. Bien que estas expresiones se deriven de una filosofía no cristiana, es decir, de la filosofía griega, sirven para expresar conceptualmente el transfondo ontológico que aparece en las descripciones bíblicas relativas a la actividad histórica de Dios. La esencia de Dios consiste, pues, en el existir con absoluta plenitud existencial. Su esencia no se realiza mediante la adición de la existencia. En Dios no hay ni disposiciones ni posibilidades ontológicas que pudiesen o debiesen pasar al estadio de la realidad. Toda posibilidad en Él está realizada esencial y necesariamente. Más aún: toda posibilidad concebible tiene su fundamento en la realidad de Dios. La esencia de Dios es, pues, el ser subsistente entendido en el sentido de existencia.

No cabe objetar que la existencia no puede ser considerada como la nota característica de Dios, puesto que es el atributo más pobre y general de las cosas existentes. Conviene establecer una distinción: en tanto que con la expresión existencia designamos simplemente la facticidad de las cosas existentes, se afirma de todas las cosas del mismo modo y no puede ser considerada como la característica peculiar de la naturaleza divina. Pero en tanto que con ella designamos la fuerza con que un objeto se mantiene y afirma en la existencia, se dan en diversos grados de existencia. La existencia del hombre es más potente que la del animal, aun-

que también la primera se halla amenazada por la nada, siendo, por consiguiente, quebrantable y azarosa. La potencia de la existencia depende de la altura axiológica del existente. Todas las cosas existentes tienen un valor limitado y son, por consiguiente, seres existencialmente débiles. Dios, al contrario, es el valor supremo, la suprema valiosidad y dignidad, de suerte que no hay en Él impotencia existencial alguna. Existe de una manera suprema, necesariamente con potencia existencial, de modo que la nada no puede constituir una amenaza para Él. Al afirmar que Dios es el ser en sí mismo subsistente, queremos decir que es la plenitud del ser y que por eso posee la existencia de un modo absoluto.

Estas reflexiones ponen de manifiesto que el «ser» se afirma de Dios y de las criaturas análogamente según un modo semejante-desemejante.

Como ya expondremos más detalladamente, el ser de Dios es un ser espiritual, luminoso, refulgente. No está sometido a impulsos naturales oscuros y lóbregos. El ser de Dios es un ser claro, perfectamente comprensible y comprendido, un ser afirmado con alegría.

2. En la época de los Santos Padres ha sido San Agustín el que ha definido a Dios como ser absoluto, habiéndole experimentado desde este punto de vista. Esta definición de Dios traza una línea divisoria absoluta entre Dios y las criaturas. «Yo me llamo «es», fué la respuesta que Dios dió a Moisés» (Sermón 6, 3-4).

En la explicación del Salmo 101 (*Sermón 2, 20*) expuso San Agustín lo siguiente: «Cuando quiso manifestarse como Creador a la criatura, como Dios al hombre, como Inmortal al mortal, como Eterno al temporal, dijo Él: Yo soy el que soy. Tú dirías: Yo soy; ¿quién soy yo? Gayo; y otro diría: Lucio, y otro: Marcos. Nombrarías otra cosa además de tu nombre? Esto es lo que se esperaba de Dios. Por eso se preguntó: ¿Cómo te llamas? ¿Qué les voy a decir cuando me pregunten quién es el que me ha enviado? Yo soy. ¿Quién? Yo soy ése. Este es tu nombre. ¿Es esto todo lo que te llamas? ¿Sería el ser tu nombre, si no fuesen nada, comparadas contigo, todas las demás cosas? Este es, pues, tu nombre: pero exprésate con más precisión. Ve, dijo Él, y di a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros. Yo soy "el que soy". El que es me ha enviado a vosotros. Considera este Es, es en realidad un Es grandioso. ¿Qué es... "ello mismo", sino lo que "es"? ¿Qué es lo que "es"? Lo que es eterno, porque lo que es siempre otra y otra cosa, no "es", puesto que no permanece: No sólo no es general, sino que no "es" en sentido estrictísimo. ¿Y de quién puede decirse que es lo que "es" sino de Él, del que dijo a Moisés, cuando le envió: Yo soy el que "yo-soy".» (Explicación del Salmo 121; *Przywara, Augustinus, 214.*)

Encontramos esta misma definición de Dios en San Anselmo, el segundo Agustín, y además en San Buenaventura, *Elevatio mentis in Deum*, cap. 5, 3-5: «Por consiguiente, el que quiera contemplar lo invisible de Dios, a saber, la unidad de la esencia, ése tiene que dirigir su atención hacia su ser; y, mira: Este ser es tan cierto en sí mismo que no podemos pensarle como no existente. Pues es precisamente este purísimo ser el que se nos presenta como total exclusión de la nada, lo mismo que la nada es absoluta carencia del ser. Lo mismo que la pura nada no tiene ser alguno ni ninguna propiedad del ser, así también, por otra parte, el ser no tiene en sí nada de la nada, ni en potencia, ni en acto, ni en verdad, ni según nuestro modo de concebir. Siendo el no-ser una carencia de ser, sólo puede llegar a nuestro entendimiento mediante el ser, mientras que el ser entra por sí mismo en nuestro entendimiento; porque todo lo pensado es pensado o como no existente, o como posible o como ser real. Por consiguiente, el no ser sólo puede ser conocido por medio de un ser, lo posible, sólo por medio de lo real. Ahora bien: si el ser es pura realidad, entonces es él lo primero que llega a nuestro entendimiento, y este ser es la pura realidad misma (*actus purus*). Este ser no es un ser particular; tal ser sería un ser limitado, por contener en sí potencia. Mucho menos es él un ser análogo; éste es el que más alejado está de la realidad, porque es el que menos participa en el ser. Es, pues, solamente el ser divino. Extraña es, por consiguiente, la ceguera de nuestro entendimiento que no percibe lo que ve en primer lugar y sin lo cual no podría conocer nada. Lo mismo que no ve la luz el ojo que se fija en las múltiples diferencias de colores, a pesar de que lo percibe todo mediante la luz, no dándose cuenta de ella aun cuando la reciba, así también el ojo de nuestro espíritu percibe el ser particular y el general, y no se da cuenta del ser que es superior a todos los otros. Y no obstante, es éste el que se presenta en primer lugar al espíritu, y sólo por medio de él todo lo demás. Bien cierto es que del mismo modo que se comporta el ojo del murciélago con respecto a la luz, así también se comporta nuestro espíritu con respecto a lo que es más evidente que todo lo demás. Y es que sólo está acostumbrado a la oscuridad de los sentidos y a las engañosas imágenes de lo sensible. Por eso cree que no percibe nada cuando ve la luz del ser supremo. No comprende que esta oscuridad del espíritu es la suprema iluminación. Le parece que no ve nada... Contempla, pues, el Ser purísimo, si es que eres capaz de ello, y verás que no puedes pensar que (su ser) lo ha recibido de otro. Por consiguiente, es conocido necesariamente como lo absolutamente primero, no pudiendo derivarse de la nada no de ningún otro. ¿Qué sería en sí, si el Ser mismo no fuera en sí y de por sí? Descubrirás también que le falta toda clase de no ser; por eso no comienza nunca, ni deja de ser, sino que es, al contrario, eternamente. Ves, pues, que es el ser simplemente tal, y que por consiguiente, no está compuesto de partes, sino que es absolutamente simple. Sabes, además, que está libre de toda potencia; porque todo lo real. Además, notarás que no tiene defecto alguno. Por lo tanto, es el ser más perfecto. Por fin descubrirás que no presenta diversidad alguna. Es, por consiguiente, uno. El ser purísimo y simplemente absoluto es, de acuerdo con lo dicho, lo primero, lo eterno, lo más simple, lo más real, lo más perfecto y completamente uno.»

Es sobre todo Santo Tomás de Aquino el que con más precisión ha descrito a Dios como ser subsistente, diferenciándole de todo ser creado (véase el tratado *De ente et essentia*).

Los escritos de los místicos alemanes demuestran que la definición según la cual Dios es el Ser puro posee valor religioso y teológico. Suso escribe lo siguiente (J. Bernhart, *Dar stumme Jubel*, 51-52; K. Bihlmeyer, *Heinrich Seuse (Suso)*. Obras en alemán, 1907, 170-172): «La buena hija dijo: "Ya he descubierto que Dios existe; pero me gustaría saber dónde está". Él dijo: "Eso lo vas a oír ahora: Los Maestros dicen que Dios no tiene dónde alguno, que Él lo es todo en todo. Abre los oídos de tu alma y escucha. Los mismos Maestros afirman en la ciencia llamada Lógica que el hombre llega a conocer un objeto por medio del nombre. Un Maestro dice que el nombre "ser" es el primer nombre de Dios. Dirige tu mirada a este ser considerado en su pura simplicidad, apartando la vista de éste o el otro ser parcial. Contemplo sólo el ser en sí y de por sí, en cuanto que no tiene nada del no-ser. Porque lo mismo que el no-ser es una negación absoluta del ser, así también el ser es una negación absoluta del no-ser. Una cosa que ha de ser todavía o que ya ha sido no es con presencia existente. Ahora bien: el ser mezclado o el no-ser sólo pueden ser conocidos dirigiendo la mirada hacia el ser universalmente real. Es esto un ser dividido de ésta o de aquella criatura; porque el ser dividido está mezclando con algo ajeno a Dios mediante la posibilidad de poder recibir todavía algo. Por eso el ser divino inefable tiene que ser en sí mismo una esencia universal que implica mediante su presencia toda la esencia divina de las cosas. Es una extraña ceguera de la razón humana el no poder percibir aquello sin lo cual nada puede ver ni conocer. Le sucede lo mismo que a los ojos: cuando contemplan atentamente la diversidad de los colores, no perciben la luz, por medio de la cual ven todas las otras cosas, o si es que ven la luz no se dan cuenta de ello. Lo mismo sucede con los ojos de nuestro espíritu; cuando éstos ven las cosas y el ser que es, no se dan cuenta de este ser, que es un ser puro y simple, percibiendo mediante él todo lo demás; precisamente de éste no se dan cuenta. Por eso dice un sabio maestro: A causa de su debilidad, el ojo de nuestro conocimiento se comporta frente a la esencia de por sí más evidente del mismo modo que se comporta el ojo de un murciélago frente a la clara luz del sol. Porque los seres divisos dislumbran el ánimo de tal modo que no pueden ver la "oscuridad" divina, la cual es de por sí la más luminosa claridad. Abre, pues, tus ojos internos, y contempla, si puedes, el ser en toda su pura simplicidad; entonces verás inmediatamente que no depende de nadie, que no tiene ni antes ni después y que no es ni interna ni externamente mutable, sino que es simplemente el ser puro. Notarás que es lo sumamente real, lo omnipresente, lo sumamente perfecto no habiendo en él ni falta alguna ni diversidad, pues es el ser uno, con pura simplicidad. Esta verdad es tan evidente para la razón iluminada que no puede pensar de otra manera. Porque lo uno demuestra y exige lo otro: porque es el ser simple, tiene que ser el primero, y no tiene que depender de nadie y ha de ser eterno; y por ser el primero, trino y simple, tiene que ser lo más presente. Existe con perfección y simplicidad supremas, no se le puede añadir ni quitar nada. Si puedes comprender lo que te he dicho sobre la pura Divinidad, quedarás ya bien instruída en lo que concierne la luz incomprensible de la verdad divina y oculta. Este ser simple y puro es la primera y suprema causa de todos los seres causados y mediante su presencia inmanente abarca todo lo temporal, siendo principio y fin de todas las cosas. Está siempre presente en todas las cosas, y está siempre fuera de todas las

cosas. Por eso dice un maestro: Dios es un anillo circular, y el centro del anillo está en todas partes y la periferia no está en ninguna parte." La hija dijo: "¡Alabado sea Dios! En cuanto es posible, he aprendido que Dios es y cómo es".»

3. A base de las siguientes reflexiones se deduce que el ser puro puede ser conocido por nosotros en aquella determinación fundamental que a primera vista representa a Dios en su divinidad, en su diversidad con respecto a todo lo extradivino, debiendo ser considerada como fundamento y raíz de todos los otros enunciados relativos a Dios.

a) Por ser Dios el ser puro y subsistente, se distingue absolutamente de todo lo extradivino, puesto que lo extradivino tiene un ser comunicado, limitado, mezclado de posibilidad.

b) En el ser incondicional e ilimitado se hallan todas las otras determinaciones y pueden deducirse de él. Así, por ejemplo, el ser subsistente es infinito, inconmensurable, omnipresente, no depende del espacio y del tiempo, es inmutable. Dios no puede ser material, puesto que es Él mismo de un modo supremo, poseyéndose a sí mismo de un modo perfecto y absolutamente íntimo. El ser subsistente es espiritual. Se posee a sí mismo en cuanto que se penetra totalmente (conocimiento) y se afirma sin reservas (voluntad). Puesto que Dios es el Ser supremo (*absolutum esse*), es también el bien supremo (*summum bonum*).

4. Por consiguiente, se deben considerar como falsas o deficientes las siguientes definiciones de la esencia metafísica de Dios:

a) Los nominalistas afirman que la esencia metafísica de Dios consiste en la suma de todas sus perfecciones. Esto es una consecuencia de las concepciones filosóficas del nominalismo, según el cual los conceptos generales son sólo símbolos de la realidad.

b) La escuela de Duns Escoto considera en general como esencia metafísica de Dios la infinitud fundamental (radical), es decir, aquella perfección que exige la infinitud de todos los atributos de Dios.

c) Para hacer destacar la personalidad de Dios, algunos tomistas y Suárez afirman que la intelectualidad absoluta es la esencia metafísica de Dios. Kuhn considera la absoluta personalidad como esencia metafísica divina. Es cierto que el ser absoluto está expuesto al peligro de ser considerado como un concepto abstracto y vacío de contenido. En realidad, no obstante, implica la nota de ser personal. Significa que Dios es Él mismo con plenitud y poderío ontológicos.

d) Muchos teólogos consideran la aseidad como esencia metafísica de Dios. Aseidad quiere decir que Dios no ha sido creado por otro ni depen-

TEOLOGIA DOGMÁTICA

de de nadie, sino que es increado y lleva en sí mismo el fundamento de su ser (*ratio sui*). Como quiera que la aseidad no es más que una propiedad del ser subsistente, no parece correcto considerarla como esencia metafísica. Acentuando el momento de la aseidad, enseña Schell en su *Dogmática*, quizá bajo la influencia de Hegel y siguiendo a Deutinger y Staudenmaier, que Dios es la causa *sui*, la realización, la posición de sí mismo, afirmando, además, que la autoposición divina es el ser mismo de Dios, que Dios existe en tanto que se realiza a sí mismo. Apartándose esencialmente de las teorías de Hegel, expresa con ello que la autoafirmación de Dios es su ser, que la acción de Dios es su ser, y, viceversa, que el ser de Dios es su acción. Más tarde definió a Dios diciendo que es la auto-realidad, la auto-acción.